

LA HORA DEL DIABLO

LOS que no hemos creído nunca en el demonio estamos ahora bastante confusos. No parece explicable por las vías normales que todo vaya tan mal. Sobre todo, tan mal, al mismo tiempo, para todo el mundo. La voluntad y la capacidad de enredo de los simples humanos no parece suficiente. El hombre no es tan inteligente como para hacerlo todo tan mal. Los que no hemos creído nunca en el diablo comenzamos a sospechar de algunas de sus manifestaciones. Por ejemplo, «El exorcista», sólo puede ser su obra (el hecho de que esté financiada e ideada por los jesuitas no es, claro, ninguna garantía). ¿A quién puede interesarle, si no, que se difunda una imagen grosera y fea del demonio, incluso con cuernos, rabo y alas mucilaginosas? ¿Quién puede estar interesado en hacernos creer que el diablo es tan tonto que reduce su acción a poner una niña de color verde y hacerla decir obscenidades? Si ya casi las más pías escolares hablan así mientras encienden su cigarrillo a la puerta de un «pub» de Princesa... Una maniobra de diversión. El diablo es tan ostensible que se ve enseguida que no hay diablo, sino guionista, director y departamento de efectos especiales.

El diablo no es tan inútil. Más bien, es todo lo contrario de inútil, y no malgasta su esfuerzo. Es un economista (lo cual no quiere decir que absolutamente todos los economistas estén poseídos). Invierte lo menos que puede para obtener los beneficios máximos: su escuela capitalista es impecable y, sin duda, es el gran fundador del capitalismo.

El diablo es tan sutil que ha sabido encarnarse y crearse de la propia mente de sus enemigos, y vivir en ella y de ella, llegar a ser ella. Desconfiemos de quienes cada día nos alertan contra el Diablo: puede ser una maniobra del mismo diablo para llegar a existir.

Probablemente, desde la Edad Media, no había tenido tanta consistencia la imagen del demonio como un hombre bastante feo y bastante estúpido. ¿Estamos en una nueva Edad Media? Hace años que algunos profetillas lo vienen asegurando así. Pero, ¿qué más quisiéramos! La Edad Media tenía una entidad considerable, y existía en ella una claridad de pensamiento que para nosotros quisiéramos.

Estamos en una Edad Oscura. Un tiempo, un clima ideal para el Príncipe de las Tinieblas. Podemos encontrarle con cierta facilidad, a condición de que no se le busque en niñas verdosas con lentillas fosforescentes, que es lo que él quiere. A condición de que no se le busque donde él quiere que se le busque, sino detrás mismo. Quizá en una frase de discurso, tal vez en los ojos candorosos y excesivamente tiernos de un buen Padre que habla en la televisión, a lo mejor, en un editorial del mismísimo «Ya».

Pero tampoco es necesario buscarle en sus detalles. A esta sensación de malestar común, a esta falta de horizontes individuales y colectivos, a esta infinita torpeza que vemos en nuestro entorno, y que comenzamos a ver en nosotros mismos, podemos ya irle llamando Demonio.

Para los que no creemos en él, es un descanso. Y, sobre todo, una manera de no dejarnos llevar por el odio y la ira que de otra forma tendríamos que sentir hacia quienes, en realidad, no son más que unos pobres poseídos.

POZUELO

De cómo Doña Carmen Cossío, de derechas de toda la vida, empuñó el pico para romper una tubería

SE llama doña Carmen Cossío (el doña es fundamental, que para eso es procuradora en Cortes en Santander) y es lo que literariamente se llama una brava española, con todos los tópicos de la sangre ardiente e impetuosa. Se llama doña Carmen Cossío y el día 16 de septiembre se levantó a hora temprana, agarró un taxi y se trasladó a la vera de una tubería nueva a estrenar, recién tendida en el manantial del río Bayones para desviar su cauce hacia unos pueblos cercanos. Y allí, doña Carmen Cossío empuñó muy campesinamente un pesado pico y se lió a golpes con la cañería hasta romperla. «Bueno, fue un poco, un destrozo simbólico, aunque te diré que yo estoy acostumbrada a trabajar la tierra desde siempre y sé como manejar estas herramientas, que me son muy familiares, y además, tengo bastante fuerza». Se llama doña Carmen Cossío, toda una procuradora en Cortes, y se puso a destrozar una obra oficial, una cañería municipal como si de una lucha contra los infieles se tratase. «¿Verme? No me vio nadie. Que eran las siete y media de la mañana, y además llovía a cántaros. Y yo, siempre que he de hacer algo comprometido, trato de hacerlo sola y no crear responsabilidades a los demás».

Tras su efectiva labor pico en mano, doña Carmen, eso sí, se personó en el cuartel de la Guardia Civil y allí hizo su propia autodenuncia. Esta doña Carmen, menuda, que oculta su fuerza tras una apariencia elegante y discreta, una apariencia de madre de familia, y de familia bien. Su pelo plateado perfectamente peinado, su traje de chaqueta en grises, las gafas colgando al cuello de un cordón...

—Verás, yo conozco a medio pueblo de la provincia. Lo conozco de cazar, y de pescar. Me preocupaba su situación. O, mejor dicho, empecé a preocuparme después de conocerles. Un día vinieron a mí los vecinos del pueblo de Uciedo. Porque yo no voy a los problemas, son ellos los que vienen a mí. El manantial del Bayones pertenece a Uciedo, y a través de este pueblo, un pueblo ganadero, pasa este río. Pues bien, han construido una conducción de agua que toma el cauce desde el manantial y suprime el río en Uciedo, para trasladar las aguas a dos pueblos cercanos, a Reocín y Cabezón de la Sal. Yo empecé a interesarme en el asunto porque era una obra ilegal, hecha saltándose a la torera al Ministerio de Obras Públicas, al cual, por cierto, he de demostrar desde aquí mi enorme agradecimiento por el interés que se está tomando en este caso. Además, lo cierto es que estos vecinos de Uciedo están solos, creían tener todo perdido, las obras

ya están terminadas y ellos se encuentran ante ellas solos e impotentes. Tenía que ayudarles.

—¿Pero los vecinos de Uciedo se quedarían sin agua, al desviar este río?

—Mira, nunca les faltaría el agua para beber, para lavar... pero les quitan el río, y a un pueblo ganadero no se le puede quitar el río, esto es una barbaridad. Supongo que dejarían un abrevadero, pero los animales ya no podrían utilizar la corriente, no tendrían riegos, los niños no podrían bañarse en verano... No se le puede quitar un río a un pueblo, aunque éste tenga tan sólo cien familias, como es el caso de Uciedo.

—¿Y los otros dos pueblos tienen tanta necesidad de agua?

—Reocín y Cabezón de la Sal necesitan agua, pero es absurdo cogerla desde el manantial, porque el Bayones desemboca dos kilómetros más abajo en el Saja, río que pasa junto a estos dos pueblos. Y era de este cauce de donde deberían haber cogido el agua, claro está.

—¿Por qué cree que han hecho esta barbaridad?

—No sé, quizás porque cogiendo el agua del Saja hubieran tenido que poner una depuradora. Pero querer el agua purísima de manantial me parece demasiado lujo, si para eso hay que despojar a un pueblo de su río.

Doña Carmen Cossío vive en Iruiz, un pueblecito cercano a Santander. Ahí tiene la típica casa solariega, muros de piedra, perros guardianes, una sirvienta que atiende la puerta, y grandes salones fríos, o heladoras, con muebles viejos y descascarillados tipo Luis XV, con cortinas de raso antiquísimas y un tanto deprimente en las ventanas de espesor campesino. Doña Carmen es joven aún y está joven, aunque haya tenido nueve hijos, el menor de nueve. Doña Carmen es de esa especie aristocrática rural, y tiene un cierto aire religioso y monjil en su forma de hablar, de juntar las manos. Sobre la mesa, una foto y libros de José Antonio Primo de Rivera.

—¿Los responsables de esta barbaridad? La Administración, el Gobierno Civil. He de añadir que estoy segura de que los vecinos de los pueblos a los que iba a parar el agua no debían tener conocimiento de esta ilegalidad e irregularidad, no debían saber cómo estaban las cosas, porque sino no las hubieran permitido, incluso los alcaldes. También he de repetir mi agradecimiento por el Ministerio de Obras Públicas. Pero el responsable de esto para mí es el Gobierno Civil, aunque



no puedo afirmarlo. Ahora dirán que esto es una cuestión de venganza personal, porque el Gobernador me expulsó de sus huestes políticas, pero lo que se piense me da igual. Lo importante de este caso es lo que tiene de ilegalidad, de abuso del más débil.

—¿Y cómo fue que llegó a la drástica situación de empuñar el pico?

—Porque a pesar de que se presentaron escritos y demás, el Gobierno Civil no suspendió las obras. Y yo consideré esto como una provocación. Y ante esta provocación, por una parte, y las amenazas que habían recibido los vecinos a los que se les dijo que se les aplicaría la Ley Antiterrorista si defendían sus derechos, yo consideré que esto era abuso de poder, un escándalo público y una vergüenza nacional. Y como los vecinos perdían su dignidad si se quedaban de brazos

cruzados, fui allí yo para que ellos no la perdieran.

—Es un paso muy arriesgado, ¿se lo pensó bien antes?

—Por supuesto, me lo pensé mucho. Yo tengo inmunidad parlamentaria, pero no hay más que pedir un suplicatorio para que se me pueda juzgar como un ciudadano común. Y además yo lo busco, yo busco que se me procese, puesto que se ha amenazado a los vecinos, yo espero que ahora se me procese. Porque, o bien lo que he hecho ha sido un acto terrorista, y me tienen que aplicar la ley, como se les dijo a los vecinos (y que conste que defender tus propios bienes no lo considera delito ni el Código Penal), o bien salta el Gobernador Civil por abuso de poder y por amenazar a los vecinos, por coacción. Aquí estoy, es-

perando que me procesen. Hasta ahora no ha habido nada, pero...

Doña Carmen Cossio habla de forma extraña, lentamente, enfáticamente, y los ojos pequeños y negros le chispean en los momentos de más emoción. Ahora sí me la imagino con el pico, ahora golpeando las cañerías con furia casi divina, que, como decía un periódico madrileño, doña Carmen "sentía tanta indignación dando golpes a la tubería que experimentaba un cierto alivio pensando que el picachón caía una y otra vez sobre las cabezas de los responsables".

—Es que esta provincia es como el Oeste. No es que sea ni mala ni buena, pero es como el Oeste. Claro que todas estas cosas no pasan por casualidad, que siempre hay dinero en el fondo. Hay un problema formidable

en Santander, y es el hecho de que los grandes latifundios de la provincia son propiedad de los pueblos, son tierras comunales, y esta propiedad se les discute a los aldeanos, porque cuesta trabajo pensar que un pequeño y pobre pueblecito posea hectáreas y hectáreas de monte o de ricas tierras. Eso sí, hay que decir que el Ministerio de Agricultura se ha portado magníficamente creando un jurado especial para aclarar la pertenencia de todas estas tierras. Y como esto, todo. Se habla mucho del problema agrícola. Aquí los pueblos tienen tierras, extensiones enormes. ¿Por qué no se construyen carreteras, por qué no se facilita el material necesario para que estas comunidades exploten sus posesiones? No, siguen marchando los campesinos con su burro a trabajar para poder alcanzar terrenos a los que no se llega más que por caminos tortuosos. Y al desarrollo no se llega en burro. Lo que pasa es que, según mi idea, el Estado debería hacer aquello que no puede hacer el hombre por sí solo, y basta. Pero aquí se cambian los términos, es el Dios Estado, y a los hombres nos tienen en un comedero, todos muy gordos y muy lustrosos. Pero los hombres preferimos vivir peor, pero haciendo nuestra propia obra, no nos gusta estar en un comedero. Es un desbordamiento de poderes, es el positivismo, pero a todo gas. Positivismo que además está condenado.

—Por la Iglesia.

—Sí, por la Iglesia e históricamente.

—¿Es usted católica, creyente?

—Soy profundamente religiosa. Sólo creo en la santidad. Por eso hago todo esto, por eso me tomo tantas molestias, si no, no merecería la pena vivir.

—Pero usted ha tenido también una formación política falangista, o al menos eso parece, por los libros de José Antonio que he visto.

—No, yo nunca he participado en política, y conocí la obra de José Antonio muy mayor, cuando ya había tenido hijos. Algunos falangistas me dicen que he cambiado mucho y a mí me hace mucha gracia esto, cuando nunca he sido falangista. Yo admiro profundamente a José Antonio y a su obra. Claro que lo que se hace ahora no se parece en nada a lo que él decía. En nada.

—Mira, es la educación cristiana. Antes a las mujeres nos educaban en la caridad, eso que se llama la caridad, en visitar enfermos, subir a las boardillas, todas esas cosas. Pero no voy a ir yo ahora a los hospitales, me parece absurdo, porque están bien atendidos los enfermos, porque no me necesitan para nada. Ahora lo que hay que hacer es esto, estas son las labores a las que hay que dedicarse. Yo he tenido nueve hijos. Cuando se han hecho un poco mayores, cuando han empezado a lavarse solos, a cortarse las uñas (que son ciento ochenta uñas, demasiadas), me empezó a sobrar demasiado tiempo. Y yo me dije: qué es esto, no te puedes dar tan buena vida. Y me metí en estas cosas.

—¿Quiere decir con esto que hay que politizarse?

—Ahora le llaman política a todo y no es eso, yo no hago política con esto, no hago más que lo que debo. Es como si ves un fuego y tratas de apagarlo y te preguntan si eres bombero. Pues no, no lo soy, pero es que me da un no sé qué verío arder sin ayudar a extinguirlo. No se puede andar por la calle y pretender no mancharse de barro. ■ ROSA MONTERO.